

ROMA Y ESPAÑA EN LA VISIÓN DE PRUDENCIO

INTRODUCCIÓN

I

Constantino ha muerto. La paz y la unidad que creyó aseguradas, y que muchas veces vió peligrar en vida, no se han conquistado aún.

A once años de su desaparición, Constancio, su hijo, inaugura una política eclesiástica que será fatal a la armonía del Imperio. A mediados de ese dramático siglo iv, en 348, durante el consulado de Salia, nace Aurelio Prudencio Clemente, uno de los mayores poetas cristianos.

De acuerdo con los últimos estudios realizados, su cuna parece haber sido la española Calahorra, aun cuando otros se pronuncian por Zaragoza ¹.

Su niñez presenció las tornadizas orientaciones de Constancio y la reacción pagana propugnada por Juliano. Correspondería a su madurez la visión del triunfo definitivo acaudillado por Teodosio, como él, nativo de Iberia.

Eran tiempos de polémica áspera y ardorosa. Volviendo de sus experiencias mundanas, Prudencio echaría en la balanza el peso de su talento poético y de su hispánico entusiasmo. Nació y creció, según se sabe, en un medio distinguido. Fué abogado y administrador competente. Por lo que puede deducirse de algún texto, fué por dos veces gobernador de la Tarraconense. Su viaje a Roma es probable se haya efectuado durante el intervalo entre una y otra gestión. Dice el mismo Prudencio que le

¹ Tradicionalmente, tres ciudades disputaban el honor de haber visto nacer a Prudencio: Tarragona, Zaragoza y Calahorra. Al decidirnos por la última hemos tenido en cuenta la crudita disquisición de FRAY ISIDORO RODRÍGUEZ, O. F. M., *Obras completas de Aurelio Prudencio*, Edición Bilingüe, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1950, Introducción General, pág. 4 y sigs. Por Zaragoza en cambio se decide LORENZO RIBEA, *Aurelio Prudencio*, Barcelona, 1936, cap. I.

fué conferido por Teodosio un rango elevado en la milicia y que fué adscripto cerca de la persona del emperador.

Cree su biógrafo Lorenzo Riber, siguiendo a Paul Allard, que esa milicia de la que habla es la « militia palatina », cuerpo de funcionarios agregados a la administración del Imperio o a la persona del Emperador. Parece haber tenido el rango de conde de primer orden y estar entre los considerados « Viri Clarissimi »². En sus poemas no habla de conversión, por lo que debe suponérsele nacido en familia cristiana, aunque sí de un retorno a la vida del espíritu luego de una juventud pecadora, a la que apostrofa con el rigor de todas las confesiones auténticas. No sólo vana fué su juventud, ateniéndonos a sus palabras, sino más aun, vergonzosa, aunque esto último deba tomarse con las reservas que imponen manifestaciones de este tipo. Nos dice así que aprendió el arte del fingimiento y el engaño, la profesión de abogado según se supone, y que « La insolencia peligrosa y la ostentación provocativa, ¡ay, me averguenza y me pesa!, manchó mi juventud con sus inmundicias y su lodo »³. En esos trámites transcurrió su juventud y llegando a la ancianidad desea, retomando la buena senda, ponerse al servicio de Dios. Esto lo hará, « luchando contra los herejes y exponiendo la fé católica », para que Roma no se aparte del cristianismo y su último aliento de hombre y de poeta señale el tránsito a la suprema ventura⁴. Al publicar sus poemas tenía cincuenta y siete años, los que sumados a la fecha de su nacimiento dan el año 405 como fecha de la edición. El propósito antes enunciado por Prudencio no tiene un simple sentido retórico. Si bien el cristianismo avanzaba en franco triunfo, aun debía vencer muchos obstáculos y la última resistencia del patriciado romano. La Roma pagana y la Roma cristiana debaten en los poemas de Prudencio el último pleito. Dos mundos se cruzan en ellos y su posición enérgica pero conciliadora, aceptando y rechazando, preanuncia el nacimiento de Europa, tanto en la fusión de lo clásico con lo cristiano, como en las actitudes provinciales, que conformarán visiones particulares en la comunidad de intereses e ideales. No intentaremos aquí repetir el vívido retablo de Boissier, porque sería imitación riesgosa y nos apartaría

² Lorenzo Riber, *op. cit.*, cap. I, págs. 23 y 24.

³ *Praefatio*, v. 8 a 12. Dado el enfoque de este estudio, que prescinde de lo estético-literario, los trozos de Prudencio que se transcriben en el texto van traducidos para no interrumpir la continuidad de la exposición. La traducción que utilizamos es la de José Guillen y pertenece a la edición de la B. A. C., Madrid, 1930. Dígase lo mismo de otras transcripciones que figuran en el texto.

⁴ *Ibid.*, v. 16 a 45.

mucho del camino a recorrer ⁵. No obstante, para una mayor inteligencia de la posición asumida por Prudencio, creemos de utilidad referirnos a algunos aspectos de la vida intelectual de ese momento, en especial en lo que hace a la oposición que el cristianismo encontrará en las clases altas de la ciudad capital de Occidente. Una resistencia sorda, manifestada aquí y allá en algunos escritos de la época nos señala cuál fuera la actitud de los hombres de excepción, tales Rutilio Namaciano y Macrobio. El primero, en su bello poemita *De Reditu Suo*, descripción animada de un viaje costero, no relata nada que evidentemente pareciese capaz de transmitirnos su impresión acerca de la nueva religión oficial. A pesar de esto, la geografía tiene recodos insospechados. De pronto, en su trayecto, como para matizar con algún color humano la perspectiva del paisaje, se alza Capraria, « lucifugis insulis plena viris » ⁶. ¿Quiénes son estos hombres que huyen de la luz como amando encenagarse en las tinieblas? Rutilio lo aclara en seguida: « ellos mismos se aplican el nombre griego de monjes, ya que desean vivir en una soledad sin testigos ». Su explicación demuestra conocimiento de la materia: « Rechazan los favores de la fortuna, temiendo los futuros reveses. ¿Es posible que alguien se haga voluntariamente desgraciado por temor al porvenir? ¿Qué es esta estúpida rabia de un cerebro desquiciado? ¿Qué a fuerza de temer las desgracias no se resista la vista del bien! En verdad se infligen, como verdaderos forzados, el castigo que merecen por sus crímenes, ya que su sombrío corazón rebosa negra hiel » ⁷. Se apacigua luego nuestro poeta y prosigue su prolija descripción del litoral tirreno hasta que, setenta versos más abajo, otro encuentro produce una nueva arremetida no exenta de amargura.

La isla de Gorgona se levanta frente a su embarcación, es « la roca que evoca un escándalo reciente ». « Allí, nos dice Rutilio, uno de nuestros conciudadanos se ha sepultado en vida, miserablemente, porque, a pesar de todo, es uno de los nuestros este joven nacido en familia de calidad, digno de sus antepasados por su fortuna y no menos por su matrimonio, al que las furias han impelido a abandonar los hombres y la tierra, para vivir exilado y pobre en un retiro humillante. ¡Desgraciado! Cree que los cielos se complacen en la suciedad y se atormenta, más cruel contra sí mismo, cual no lo serían los dioses ofendidos. ¿Es

⁵ GASTÓN BOISSIER, *El fin del paganismo*, Trad. del francés por Pedro González Blanco, Daniel Jorro, Madrid, 1908, tomo II, lib. V, págs. 163 a 308.

⁶ RUTILIO NAMACIANO, *De Reditu Suo*, v. 440.

⁷ *Ibid.*, v. 441 a 448.

inferior, os pregunto, esta secta, a los venenos de Circe? ; Antes se cambiaban los cuerpos, ahora se cambian las almas!»⁸. Detrás de estas críticas del monaquismo, se observa que Rutilio busca herir a la religión que lo inspira. A través del poema podemos tener la impresión de cómo pensaba este romano nacido a fines del siglo IV. En las ocasiones señaladas abandona la altiva prescindencia de algunos de sus contemporáneos y busca directamente al enemigo para que sepamos de su aborrecimiento. La actitud de Macrobio ilumina otra faceta de la época⁹.

Rasgo típico de la agonía de una cultura es la inoperancia de las « élites ». Cuando éstas, que en su vigor originario son levadura de las masas, pierden el contacto, para aislarse en torre de marfil, cuando huyen de ellas, para no contaminarse, indiferentes a su tradicional función histórica y buscan en la soledad la salvación de sus calidades, cuando no apetecen más que ser « espectros entre ruinas », según una acertada señalación contemporánea, entonces debemos saber que la muerte acecha en los umbrales para presidir el tránsito inevitable. Esa falta de sensibilidad para los tiempos es un signo fatal. Resignar la misión en la borrasca puede ser rasgo de comodidad, pero siempre lo es de invencible cobardía; por eso, hombres como Macrobio están entre los epígonos de la decadencia, hombres como Prudencio, en la epifanía de los nacimientos. Las masas del Imperio se cristianizaban rápidamente y no era tiempo de cenáculos. Por esta circunstancia, el que Macrobio nos presenta en las Saturnalia, es todo un síntoma de decadencia. Esta reunión de filósofos, gramáticos y estetas que pasan su tiempo en discurrir de mitología, de retórica, de arte culinario y de otras nimiedades, ¿es racionalmente concebible en momentos en que las caballerías bárbaras estaban a las puertas de Occidente? Esta miopía reveladora, este divagar decadentista, este engolosinamiento de la voluntad, ya no puede extrañarnos a los occidentales del siglo veinte que estamos en el extremo de otra cur-

⁸ *Ibid.*, v. 517 a 526.

⁹ A propósito de estas actitudes anota Pierre de Labriolle en su completo estudio *La Réaction Païenne, Étude sur la polémique Antichrétienne du I^{er} au VI^e Siècle*, L'Artisan du Livre, Paris, 1950, pág. 337, lo siguiente: « La formidable entreprise de Dioclétien avait eu (parmi d'autres résultats encore plus imprévus) celui de forcer les historiographes a ne plus ignorer (sauf dessein délibéré) un mouvement capable de tenir en échec tout l'appareil gouvernemental conjuré contre lui ». Afirmación exacta porque sólo deliberadamente podía entonces ignorarse el triunfo del cristianismo. Ese silencio era la última protesta del paganismo. Lo mismo nos advierte GASTON BOISSIER, *op. cit.*, II, pág. 220: « Ese silencio, un silencio altivo e insolente, ha llegado a ser para ellos la última protesta contra el culto proscrito ».

va¹⁰. Lo interesante e ilustrativo del libro es que sus temas no constituyen una simple composición del autor con personajes fingidos, sino que los mismos vivían en la Roma de su tiempo y eran conocidos por su actuación pública. Así el retórico Eusebio, el filósofo Eustatio, el gramático Servio, el médico Divario, el egipcio Horo, atleta y filósofo, desfilan junto a otras notabilidades que son los jefes de la facción pagana del Senado: Simaco, Pretextato, y Flaviano, toda gente que figura en la correspondencia del Prefecto, de quien se dice en el libro que su arte epistolar no cede ante ninguno de los autores antiguos¹¹. Personas y preocupaciones del momento histórico que nos muestran el cuadro de ese rescoldo pagano recalcitrante que se obstina estérilmente y que habrá de librar en la cuestión del altar de la Victoria, la última lucha externa digna de ese nombre. En Macrobio la presencia del cristianismo no se advierte, no hay siquiera el áspero dicitario de Rutilio, sólo el silencio. Pareciera que con ignorarlo se pensara conseguir su muerte. Esa sociedad pagana que vive así de espaldas a la doble realidad, la interna representada por el triunfo cristiano y la externa por las tribus germánicas no romanizadas, era un fruto maduro que pronto habría de caer. Las *Saturnalia* constituyen, sin duda, un bello ejemplo de inconsciencia. Ese núcleo selecto, esa minoría que se enquistaba en sus sutilezas y que pretende ignorar lo históricamente consumado, va a desaparecer sin que nadie lamente su partida, ya que los tiempos que se avecinan serán demasiado duros y el nuevo edificio tendrá otros cimientos.

II

Los personajes de las *Saturnalia* van a revivir en la disputa en torno al altar de la Victoria. Actor principal del drama será el prefecto Simaco, contra quien, mucho más tarde, y no en vano, va a escribir Prudencio la larga tirada de versos que suponen sus dos libros destinados a enjuici-

¹⁰ Véanse a título ilustrativo algunos temas de su obra. Luego de dedicar el libro I a la religión y mitología de los romanos y el II a señalar su cortesía e ingenio, el libro III se construye en elogio de Virgilio. Trata luego cuestiones como éstas: De las diversas especies de nueces; de las distintas variedades de manzanas y peras; de las diversas clases de higos, olivos y vides. En el libro VII se debaten cuestiones como éstas: ¿Por qué las mujeres se embriagan raramente y los viejos con frecuencia? ¿Por qué la voz de los eunucos y de las mujeres es más suave que la de los hombres? ¿Por qué se enrojece de alegría o vergüenza y se empalidece de miedo? ¿La gallina existió antes que el huevo o el huevo antes que la gallina?

¹¹ Macrobio, *Conv. Saturnaliorum*, V, 1-7.

ciar el último momento del paganismo. Después de la recepción oficial del cristianismo hecha por Constantino, la atención se había concentrado en las luchas internas de la ortodoxia y la vieja religión romana pasó insensiblemente a un segundo plano de sombra. No obstante, la reacción de Juliano y los ejemplos antes anotados nos muestran que aun conservaba cierta fuerza que habría de actuar en el momento propicio. El emperador Graciano, con claro concepto de la misión de un jefe de estado cristiano, abandona la ficción del Pontificado Máximo y el título cae en desuso a partir del 382. Esto es lo que con acierto se ha llamado la laicización de la púrpura¹². Esta actitud de Graciano significa un corte radical con el pasado inmediato, en el que el emperador, más o menos formalmente, había mantenido contacto con la vieja religión. Ahora bien, el estado quebraba en esa forma los últimos vínculos y otras medidas complementarias dejarían al paganismo en total desamparo. Finalizada así la tregua de dieciocho años (364-382), inaugurada por la política conciliadora de Valentiniano I, Graciano decide proceder por vía pasiva. Permite el culto pagano, pero establece que el Estado ya no pagaría los gastos. El dinero imputado anteriormente a la realización de las fiestas paganas iría a la caja del prefecto del Pretorio y al tesoro público. Lo abonado a las vestales y sacerdotes quedaba para el mantenimiento de la guardia imperial y las tierras afectadas a los templos y colegios sacerdotales pasarían al fisco¹³. La pompa de las fiestas, uno de los motivos de atracción del culto pagano, dependía en el futuro de la generosidad de los particulares y si se tiene en cuenta la natural resistencia psicológica de los hombres a compartir su fortuna, aunque sea con los dioses, se sabrá que esos cultos a la larga, estaban destinados a desaparecer. Acompañando este golpe económico, Graciano dispuso el retiro de la estatua de la Victoria de la sala en la que el Senado efectuaba sus reuniones. Obra de arte griego, capturada en la toma de Tarento, por disposición de Augusto se había colocado encima del altar, en la curia, y era tradición que cada senador al presentarse en su puesto se aproximaba al altar para quemar un grano de incienso. La estatua de la diosa presidió las ceremonias tradicionales del Senado y el gesto de Graciano, que renovaba otro anterior de Constancio, produjo la reacción del partido pagano. La enérgica intervención de Ambrosio hizo que las protestas y pedidos de reposición no tuvieran éxito ni con Graciano, ni bajo

¹² FLICHE AGUSTIN et MARTIN VICTOR, *Histoire de l'Église*, Bloud et Gay, Paris, 1947, tomo III, pág. 514.

¹³ GASTON BOISSIER, *op. cit.*, tomo II, pág. 274.

Valentiniano II (384), ni bajo Teodosio (384-390)¹⁴. El episodio motiva la intervención de los jefes del Senado. El prefecto Símaco dirigirá a Valentiniano II una requisitoria, « *Relatio* », que se pronuncia en el consistorio imperial y en la que asume la defensa de la Victoria como símbolo de la grandeza romana. A ella contestará en su momento San Ambrosio y contra todo lo que Símaco implica y significa, se levantarán más tarde los versos de Prudencio. El documento no está desprovisto de habilidad. Su tono es insólito por tratarse de un Senado sumiso en general y con una figuración muy opaca en el manejo de los negocios públicos. « Sabéis, dice a Valentiniano, que no es lícito a vosotros emprender nada contra las costumbres de nuestros padres ». Desarrolla un concepto pragmático, « las religiones se juzgan por los servicios que prestan; el hombre no se adhiere a los dioses sino cuando le son útiles. Y ya que toda causa primera está envuelta en incertidumbre, ¿ en qué señal reconoceremos a la divinidad, más que en ese pasado histórico documentado con hechos? Si un largo pasado fundamenta la autoridad de la religión, conservemos la fe de tantos siglos y sigamos a nuestros padres que con tanta felicidad han seguido a los suyos ». Símaco personaliza a Roma y coloca en su boca estas palabras de indudable grandeza: « Príncipes excelentes, padres de la patria, reverenciad mis años a los que he llegado bajo esta ley sagrada! Dejadme mis antiguas ceremonias, de las que no me arrepiento. Ya que soy libre viva según mis costumbres. Este culto ha conformado en mis leyes al orbe entero. Estas ceremonias sagradas han rechazado a Aníbal de mis muros y a los galos del Capitolio. ¿ Me he salvado entonces para verme ultrajada en mi vejez? Considero que lo que se me pide ya no podré hacerlo. Tardío y vergonzoso es el cambio en la vejez »¹⁵. Finalmente recurre a un argumento de tolerancia que responde bien, por otra parte, al pensamienio religioso de la época. « Reconozcamos que el que todos adoran es el mismo para todos. Contemplamos los mismos astros, el mismo cielo nos es común, el mismo universo nos contiene. ¿ Qué interesa que cada uno busque con prudencia la verdad? Un solo camino no puede bastar para alcanzar tan grande arcano ». Es interesante ver cómo Símaco, en pocas palabras. « Uno itinere non potest perveniri ad tam grande secretum », resume el motivo tradicional de la libertad de cultos. Claro está que el Prefecto argumenta, en este caso, « *pro domo* », y esto lo mostrará Ambrosio en su contestación. Por lo demás, en toda la « *Relatio* », Símaco aparece colocado a la defensiva.

¹⁴ FLICHE et MARTIN, *op. cit.*, tomo III, pág. 515.

¹⁵ *Relatio pro ara Victoriae. MGH., Auct. Antio., VI, págs. 280 a 283.*

Setenta años habían bastado para invertir los papeles, la historia prosiguiendo su curso ponía en la balanza el peso de los hechos. Retomaremos luego la cuestión a través de lo expuesto por Prudencio. Dejamos pues bosquejado el panorama en el que ha de desenvolverse la temática de nuestro poeta.

III

Insinuábamos más arriba, que Prudencio aparecía bien centrado en su época. Como hombre de dos mundos, bifronte¹⁶, poseía la rara virtud de la equidad, que lo capacitaba para comprender y juzgar en consonancia. El mundo que agonizaba, en este caso Roma, no es el enemigo en cuya desaparición se complace. Por el contrario, la inquietud del poeta vela sobre la ciudad madre para que ésta, incorporada al cristianismo, rechace, definitivamente, el vano simulacro de los dioses. Ésa es la condición que pone, como hijo celoso, para amar plenamente a esa ciudad, objeto indudable de sus desvelos: « Que Roma pisotee los templos de los dioses y denigre tus ídolos (referencia a Símaco), entone sus poemas a los mártires, celebre a los apóstoles »...¹⁷. No es sólo el cristiano quien esto desea. Su condición de funcionario y de provincial, le advertían del peligro de ciertas resistencias estériles. Roma, como valor político, se agotaba rápidamente, las condiciones de su permanencia en Occidente debían asentarse sobre otras bases. Esto, que no fué advertido por los núcleos recalcitrantes de la urbe, se observaba mejor desde fuera. El tránsito de la Roma pagana era inevitable, la constitución de nuevos reinos transformaría, si no la idea, que habría de resurgir periódicamente, sí la estructura del Imperio, cuya unidad política tal como se había dado históricamente, no volvería a repetirse. Otra habría de ser la misión de Roma en el futuro, plasmadora de conciencias ya que no de pueblos. Concentrar todas sus energías en la nueva misión, sería rasgo de sabiduría y señal de éxito. Esto parece haberlo comprendido bien Prudencio y en esto estriba la grandeza de su visión. Nada de mezquindades estériles, nada de revolverse contra el pasado inevitable, ya que se había vivido. Todo su ardor y su lucha se juegan por el presente de Roma, que es también el presente del poeta. No todos habían com-

¹⁶ Llamamos personalidades bifrontes a aquéllas que aparecen ubicadas en el tránsito de dos culturas o épocas y que poseen, no obstante esa peligrosa circunstancia, el equilibrio necesario para preludiar lo nuevo en la lenta agonía del pasado.

¹⁷ *Praefatio*, v. 40 a 43.

partido esta actitud, ya que no en todos se da una conciencia igual de los hechos.

Commodiano, poeta mediocre ¹⁸, prefiere deleitarse con la ruina de la ciudad. Su nombre pasa desapercibido como poeta y como exégeta. Es hombre de un solo mundo, de una sola actitud. Su incomprensión se equivale con la de los patricios romanos. ¿Qué valor tiene la mención de un pasado, si se le reputa absurdo, cuando hay un nuevo presente? Prudencio comprendió que esa muerte era condición de un nuevo nacimiento. La caída de ese pasado, no era la caída de la ciudad. Esto no lo entendía Commodiano, ya que escribió: « Esta (Roma) ciertamente gozaba, mientras toda la tierra gemía; no obstante apenas llegó para ella una justa compensación, lamentase por los siglos la que se gloriaba eterna, ahora ya, ella y sus tiranos son juzgados por todo » ¹⁹.

Estos hombres desaparecen con su miopía en la masa de la historia. De Prudencio tenemos derecho a esperar otra cosa y con justicia. Decíamos que nuestro poeta no enjuiciaba del pasado sino lo que podía contaminar el presente. Las pruebas de su raro equilibrio son variadas, no obstante, queremos destacar una en manera especial, por lo reveladora. Todos conocemos la historia de Juliano. El discípulo y amigo de Libanio es la « bête noire » del siglo iv, zaherido, calumniado, desfigurado, ¿qué mejor blanco para invectivas apoloéticas? ¿Que dice de él Prudencio? Veamos: « caudillo valiente en la guerra, buen legislador, fortísimo por

¹⁸ Poeta del siglo III o IV según los diversos autores. Véase GASTON BOISSIER, *op. cit.*, t. II, pág. 44; PIERRE DE LABRIOLLE, *Histoire de la Littérature Latine Chrétienne*, Les Belles Lettres, Paris, 1947, t. I, págs. 257 y 269 y sigs.; A. G. AMATEUCCI, *Storia della Letteratura Latino Cristiana*, Laterza, Bari, 1929, cap. V, pág. 98 y sigs. Compuso las *Instructiones adversus gentium deos pro christiana disciplina: per litteras versuum primas* y el llamado *Carmen Apologeticum*. La actitud de Comodiano es puramente negativa. Ridiculiza a los dioses paganos pero sin el aliento de Prudencio. Su concepción es grosera, su latín pésimo. Véase como ejemplo: *XI Apollo Sortilegus, Falsus, Lascivius qui Daphnem sic coepit amare*.

Et tamen insequitur, dum vult violare puellam
 Gratis amat stultus, nec potuit consequi cursu.
 Vel, si deus erat, occurreret illi per auras.
 Sub tectis illa prior venit, remansitque divinus.

Instructiones adv. gentium deos, v. 141-145.

¹⁹ *Carmen Apologeticum*, v. 921-924.

Haec quidem gaudebat, sed tota terra gemebat;
 Vix tamen advenit illi retributio digna:
 Luget in aeternum, quae se jactabat aeterna,
 Cuius et Tyranni iam nunc iudicantur a summo.

su palabra y por su poder, amante de la patria, pero despreocupado con respecto a la verdadera religión »²⁰. Y agrega a continuación: « devoto de trescientos mil dioses, pérfido para con Dios, benemérito para con la ciudad »²¹. ¿Puede pedirse en el caso mayor moderación? Esto es ajustarse verdaderamente al precepto evangélico y dar al César lo que es del César, sin dejar de dar a Dios lo que es de Dios. El cristianismo debe a Juliano algunos de sus malos momentos, pero el Imperio le es deudor de sabias medidas. ¿La pluma de Prudencio es digna del tema romano!

LA VISIÓN DE ROMA

I

Decíamos del equilibrio de Prudencio. Veremos ahora cómo en verdad, para él, Roma es el tema eterno. No es que renuncie a sus motivos de poeta cristiano, esto lo diremos luego, sino que se mantiene en el plano de la realidad. Roma es Roma, vale decir esencia viva, sin restos de arqueología, sin pasado, en lo que éste sugiere escombros. Roma es un eterno presente, aunque esta peculiar vitalidad tuviera, como vimos, sus exigencias. Todo el empeño de nuestro poeta está al servicio de esta causa, ya que intuía que esta transformación era garantía de su perennidad. Por eso su definición de Roma considera un tema sustantivo que va cumpliendo en el tiempo misiones diversas, a través de las cuales puede señalarse un denominador común: la conquista y el mantenimiento de la unidad. Así Roma es el pueblo rey²², grande Imperio²³ y gloriosa, suprema y santa capital del mundo²⁴. Cabeza visible del orbe, destinada a triunfar sobre todos los cetros y a regir todos los pueblos. Ciudad guerrera²⁵, áurea²⁶, inclita²⁷, riquísima²⁸, llamada por misión

²⁰ *Apotheosis*, v. 450-53.

²¹ *Ibid.*, v. 453-54.

²² *Contra Symmachum*, I, 390.

²³ *Ibid.*, I, 522.

²⁴ *Ibid.*, I, 497 y II, 661; *Peri Steph.*, X, 167.

²⁵ *Contra Symmachum*, II, 489.

²⁶ *Ibid.*, II, 1113.

²⁷ *Ibid.*, L, 554.

²⁸ *Ibid.*, II, 61.

providencial. Cristo mismo, incide aquí el tema cristiano, colocó el poderío de Roma sobre todos los demás cetros²⁹.

No olvida en sus referencias a la filiación romana, los remotos orígenes, por eso Roma es también, « linaje de Rómulo »³⁰, su antiguo fundador en el asiento de las siete colinas³¹. Esta situación de privilegio alcanza a los gobernantes del mundo romano. Constantino es el triunfador togado³², Teodosio, Emperador del mundo³³ y Arcadio y Honorio señores de las batallas³⁴. Valga esto último como exaltación de la ciudad en los regentes del Imperio ya dividido, porque ninguno de los dos podía considerarse digno, ni del padre ilustre, ni de los preclaros antecesores. Sin ninguna duda el valor Roma eleva la pluma de Prudencio y lo comprendemos mejor en cuanto su Roma, es nuestra Roma, la Roma eterna. Con mayor proyección histórica y ante todo lo consumado vemos que Prudencio observaba bien y comprendía mejor.

II

En su definición de Roma, Prudencio utiliza un adjetivo exacto, preciso y sobre todo justo: Roma es pueblo rey/ La realeza, cuando es auténtica, supone una gran responsabilidad. Exige condiciones de paternidad y beneficencia. Toda paternidad supone una misión. Roma como pueblo padre, como pueblo rey, no puede escapar a ella. Por el contrario, como ya lo señalamos en otra ocasión³⁵, Roma es ante todo la Roma misionera. Esencia y misión deben corresponderse en la señalación de Prudencio, como en la de todos aquellos que se acercan a la idea romana. Por eso antes de ocuparnos directamente del pensamiento de nuestro poeta queremos referirnos a otras expresiones contemporáneas que aparecen también preocupadas por la idea de la misión de Roma. Tendremos así ocasión de comparar las versiones, ver en qué coinciden y en qué rasgos particulares divergen. Los hombres a quienes confrontare-

²⁹ *Peri Steph.*, II, 417-18.

³⁰ *Contra Symmachum*, I, 80.

³¹ *Peri Steph.*, X, 413 y 611.

³² *Contra Symmachum*, I, 539.

³³ *Ibid.*, II, 757.

³⁴ *Ibid.*, II, 7.

³⁵ ÁNGEL A. CASTELLÁN, *El destino de Roma*, *Criterio*, n.º 897, Buenos Aires, 23/5/1945, pág. 458 y sig.

mos con Prudencio son Rutilio Namaciano y Claudiano, el último cantor de las glorias romanas. Ambos representan el pasado de Roma, una tradición que creen inconciliable con el cristianismo, en quien ven un peligro para la romanidad. Ya tuvimos ocasión de señalar más arriba esa adversión de Rutilio. Nuestro poeta, por el contrario, acepta la herencia de Roma con la que el cristianismo plasmará una nueva unidad cultural. En esta actitud de Prudencio reside, precisamente, su historicidad. La romanidad como valor, como idea y como misión integraría en el cristianismo su permanencia y su futura vitalidad. Por eso la visión de Prudencio será más amplia y más histórica, anuncia una nueva etapa, el futuro que Rutilio y Claudiano no comprenden. Sus poemas son como el canto del cisne de la vieja Roma.

« Nada está lejos de lo que no cesa de gustar. ¡ Oh, cuánto y cuántas veces he podido estimar dichosos a los que han merecido nacer en esta tierra bendita, generosos descendientes de nobles romanos, en quienes la gloria del nacimiento se eleva al máximo por el honor que reciben de su ciudad! Los gérmenes de las virtudes, tesoro caído del cielo, no habrían podido encontrar mejor suelo. Dichosos los hombres que, por un favor de la suerte han ocupado una casa en el Lacio »³⁶. Éste es el destino de los hijos de Roma. Veamos qué nos dice Rutilio de la ciudad: « ¡ Escúchame, oh reina tan bella de un mundo que te pertenece, oh Roma, admitida entre los astros del cielo! Escucha, madre de hombres, madre de dioses, tú nos acercas al cielo por tus templos. Es a ti que canto y cantaré según lo permita el destino; nadie que vive puede dejar de recordarte. Más pronto sepultaré al sol en criminal olvido que dejar desvanecer tu gloriosa imagen en mi corazón. Donde quiera lleguen los rayos del sol, donde quiera el océano agite el límite de sus olas se extiende tu munificencia. Para ti Febo mismo cumple su curso que todo lo abarca; en ti nacen y en ti mueren sus corceles. Con sus arenas ardientes la Libia no retardó tu marcha; fuerte en sus hielos, la Osa no te ha rechazado. Tan lejos como el mundo habitado se extiende hacia los polos, tu valor abrió ruta sobre la tierra. Has gestado para las naciones más distantes una misma patria; a los pueblos sin leyes que conquistaste has beneficiado con tu gobierno. Ofreciendo a los vencidos compartí tus leyes has tornado en ciudad lo que antes era el universo »³⁷. Sigue el elogio cálido y entusiasta: « Extiende estas leyes que vivirán contigo de siglo en siglo; puedas tú sola no temer el fatal destino... Los siglos

³⁶ *De Reditu Suo*, v. 5-12.

³⁷ *Ibid.*, v. 45-66.

que has de vivir no conocen límites, mientras subsista la tierra y el cielo conduzca sus astros. Recibes nueva fuerza de aquello que destruyó a otros reinos : encontrar en las tribulaciones un principio de crecimiento es ley de resurrección »³⁹. Por todo esto Roma es madre del mundo³⁹. El tono de Claudiano es más sereno y reflexivo, su elogio de Roma adquiere los caracteres de una demostración. « Es ella, en fin, que madre más bien que dueña de las naciones, recibe la primera en su seno a los vencidos, encierra bajo su nombre protector a todo el género humano, otorga el título de ciudadanos a los pueblos vencidos y compromete a las regiones más distantes por los lazos del reconocimiento. A sus costumbres pacíficas debemos el ser recibidos en todas partes como huéspedes. El encontrar en todo lugar a la patria, el cambiar a voluntad los hogares : visitar Thule, penetrar en los refugios más temibles no es para nosotros más que un juego. Si bebemos a voluntad las aguas del Ródano, si gustamos las del Oronte, es porque el mundo no forma más que una nación, que la potencia romana no encontrará límites, mientras que los otros estados han caído por el lujo y por los odios que alimenta el orgullo »⁴⁰.

No puede negarse que hay en estos autores, junto a una clara definición de las glorias de Roma, un presentimiento de su futuro. Así en Rutilio : « Los siglos que has de vivir no conocen el límite » ; en Claudiano : « La potencia romana no encontrará límites ». La diferencia consiste en la claridad del presentimiento. Todos los autores clásicos, desde Virgilio en adelante, han consustanciado con el espíritu del orden romano el valor normativo de la Ley y concuerdan en exaltar las virtudes misioneras de Roma.

El derecho no es aquí una simple manifestación del complejo cultural romano, sino su misma alma. Misión peculiar de Roma era el « Tu imperio regere populos » y como tal, idea y misión, el Imperio más que dominio es plasma, forma de una universalidad progresiva. Por eso el problema que se nos plantea es otro : observar dónde se encuentran los rasgos que diferencian la visión de Prudencio y la de sus contemporáneos paganos. Éstos profetizan la eternidad de Roma, él la demuestra. Roma ha de perdurar, pero ¿ en qué condiciones ? Ni Rutilio ni Claudiano nos

³⁹ *Ibid.*, v. 133-142.

³⁹ *Ibid.*, v. 59-60. Se refiere a la diferencia que existe entre el delito de Nerón y el del vándalo Stilicon :

Hic inmortalem, mortalem percultit ille ;

Hic mundi matrem, percultit ille suam.

⁴⁰ CLAUDIANO, *De Laude Stiliconis*, III, 150-161.

lo dicen, sólo un presentimiento, una vaga indicación, como si la verdad no necesitara demostrarse. Parecen no comprender que la eternidad de Roma plantea ya en esos momentos exigencias determinadas, aunque ambos enuncien un comienzo de la cuestión. ¿No nos dice Rutilio: « Recibes nueva fuerza de aquello que destruyó a otros reinos: Encontrar en las tribulaciones un principio de crecimiento es ley de resurrección »? ¿No nos dice Claudiano que otros estados han caído por « Los odios que alimenta el orgullo »? ¿Veían entonces que la perdurabilidad de Roma implicaba adecuarse a las exigencias de los tiempos? Sí, esto lo veían, comprendían que la genialidad y el éxito de Roma residían precisamente en dar un nuevo sentido a lo mejor de los otros. ¿Dónde entonces la dificultad? ¿Por qué esa súbita caída de la historicidad del enfoque? Creemos que la dificultad depende de su incompreensión del cristianismo. No acertaron en el momento mismo en que la cultura greco-romana debía alterar sus postulados básicos. Sentían que el cristianismo venía a alterar su cosmovisión y por esta circunstancia lo consideraron un enemigo. No comprendieron que la universalidad romana y la universalidad cristiana integrarían una nueva síntesis.

Temieron que la nueva religión atentara contra la pervivencia de la ciudad y del orden que cantaban y sobre esta base la repudiaron. Prudencio, por el contrario, advirtió que, precisamente con esta integración se garantizaba la perdurabilidad de Roma. Sólo una nueva manifestación de la plasticidad romana podía asegurarle la vida en las nuevas condiciones, ya que sus viejas bases se habían agotado. El imperio implicaba una síntesis política y sólo una síntesis religiosa, no un mero sincretismo, había de perfeccionarlo. Esto se ve con claridad en la Europa posterior cuando a la paulatina corrupción de la idea de universo político, va a acompañar la paulatina destrucción de la idea de universo religioso. Estado nacional y Protesta se corresponden, como antes Imperio e Iglesia.

Esto constituye la originalidad de Prudencio, al par de su historicidad, por eso en su obra confluyen las exigencias de dos mundos.

III

Veamos pues en qué consiste esta originalidad y cuál sea en Prudencio el sentido de la misión romana. Vamos a mostrar primeramente cómo en Prudencio está claramente reflejada la incompatibilidad entre universalismo político y particularismo religioso.

Se actualiza en su obra, por otras razones, el planteo político-teológico de los estoicos: algunas de sus expresiones coinciden con las de Zenón. Esta incompatibilidad que señala se verá reflejada más tarde en Europa donde los historiadores nos mostrarán cómo particularismo y herejía irán peligrosamente juntos ⁴¹. Sus reflexiones en torno al tema se inspiran en argumentos de razón y patrióticos a la vez. Obsérvese su exposición de los primeros: «¿Quién en el paganismo, reclinado entre mil ídolos y venerando a los dioses ridículos con sal, coronas e incienso, no piensa que hay un Dios supremo, único sobre todas las cosas? Aunque dedican sus altares humeantes a Saturno, a Juno, a Venus, y a otros monstruos semejantes, sin embargo cuando miran al cielo todo el poder lo refieren a uno solo, a quien sirve todo el orden de los poderes que administran diversos ministros. ¿Qué gente hay tan tonta en el alma, tan bárbara en su lengua y qué superstición tan degenerada que ponga en el alto trono del cielo a Anubis, con cabeza de can y latrante como un perro? Nadie concede el solio de las estrellas a las diosas Cloacina o Epona aunque les perfume con incienso los altares y deposite en ellos la torta sacrificial y las entrañas de las víctimas. Consulta los delirios del viejo Platón, consulta los sueños del cínico Epicuro y los silogismos que entretejió Aristóteles con férrea circunlocución. Todos éstos, aunque se vean envueltos en un dudoso y erróneo laberinto y por más que también ellos suelen hacer el sacrificio de la gallina o del gallo, a fin de que el dios médico se digne prestar su favor a los enfermos, cuando llegan sin embargo a la norma de la razón y del arte, sus oscuros sentimientos y las disputas de los silogismos quedan encerrados en la creencia de un solo Dios, a cuyo arbitrio gira la esfera móvil y redonda y guardan sus órbitas las estrellas errantes. No entiende la naturaleza del hombre, con tal que no sea un salvaje y mire hacia arriba; no entiende, digo, la negación del poder de un Ser supremo. Esto mismo sintió en sus adentros el arúspice Numa y el escocés, más fiero que un perro moloso » ⁴². Junto con esto muestra la incongruencia que se observa en la supuesta protección de los dioses-funciones. ¿Acompañan éstos siempre al gusto? ¿Se sienten felices de integrar el cortejo de los vencedores que los convierten en trofeos de la victoria? Esos dioses parecen indiferentes a la suerte de sus protegidos. Además, ¿qué mérito es el de Roma si sus éxitos fueron conseguidos por otros? Hay en Prudencio un nuevo planteo de las exigencias del patriotismo

⁴¹ Véase G. TORRAXIN, *Il secolo senza Roma*, Zanichelli-Bologna, 1913.

⁴² *Apotheosis*, 185-216.

romano. Los triunfos de Roma se deben al valor de sus hijos. « No puedo consentir el que se usurpe al nombre romano las bien logradas victorias y los laureles conseguidos con tanta sangre. Roba a las invictas legiones y disminuye los méritos de Roma quien atribuye a Venus cuanto se llevó a cabo con toda valentía; usurpa la palma de los vencedores. En vano, pues, admiramos los arcos de triunfo, los carros tirados por cuadrigas y a los emperadores de pie en ellos: los Fabricios, los Curios, los Drusos, los Camilos; y a los pies de los caudillos, los cautivos con su rodilla encorvada, sometidos al yugo, con las manos atadas a la espalda y colgados de un gran tronco los fragmentos de las saetas, si a Breno, a Antiocho, a Perseo, a Pirro, a Mitridates los ha sometido Flora, Ceres, Matuta o Laurentina »⁴⁹. La enumeración prosigue pero ahí está lo substancial. Él mismo dará en sus versos la clave del éxito romano y su inspiración volará hasta el trono de una Providencia superior, ya que uno es el principio de Potencia, Justicia y Beneficio. Prudencio ve en el Imperio romano la realización de un plan providencial. Su unificación del mundo mediterráneo facilitará la expansión del cristianismo. Como plasmadora de pueblos, Roma preparará la acción de la nueva religión que es plasmadora de conciencias. Ambas organizaciones se adecuarán casi punto por punto hasta formar una sola unidad. Al recibir el cristianismo, Constantino dió vigencia histórica a la voluntad de Cristo y la realización de Pablo. No hay dudas acerca de lo que piensa Prudencio: « Queriendo consociar Dios a los pueblos de diversas lenguas y a las naciones de diversos cultos, determinó juntar bajo un solo imperio a todo el mundo civilizado y gobernarlo bajo una sola ley para que el amor de la religión mantuviera luego unidos los corazones de los hombres, pues no hay unión digna para Cristo si una mente única no congrega a todas las gentes. Solamente la concordia conoce a Dios, sólo ella adora tranquilamente al Padre. El acorde consentimiento del género humano vuelve a Dios benigno hacia el mundo, le ahuyenta la sedición, le enojan las crueles armas, se alimenta con el don de la paz, lo retiene con la tranquilidad sosegada. Todas las naciones desde el océano Occidental hasta las regiones rosadas de la aurora, estaban revueltas, en fieras guerras y se armaban las diestras para las mutuas heridas. Para frenar esta locura rabiosa enseñó Dios a todas las gentes a inclinar su cabeza bajo las mismas leyes y a hacerse todos romanos, lo mismo los pueblos del Rin que los del Istro, del aurífero Tajo, los del caudaloso Ebro, los del Eridano y

⁴⁹ *Contra Symmachum*, II, 550-562.

el Ganges y los que habitan las siete bocas del templado Nilo. El derecho común nos hizo a todos iguales y nos unió con el mismo nombre; y, dominados, nos redujo a los vínculos de la Fraternidad. En todas partes se vive como si la ciudad madre encerrara en unas murallas a sus propios hijos y todos nos reuniéramos alrededor del hogar paterno. Las regiones más distantes y los litorales divididos por el mar se unen, ya por el mismo derecho, y el mismo foro, y el comercio, y las artes, y las asambleas populares; ya por el derecho al matrimonio, aun fuera cada uno de su región, pues con ello, entremezclada la sangre, se forma entre todas las gentes una sola descendencia. Esto se ha conseguido con tan grandes victorias y tantos triunfos del Imperio romano. Estaba preparado el camino para Cristo que ya venía; se lo preparaba desde antiguo la amistad pública de nuestra concordia bajo la dirección de Roma. Pues ¿qué lugar puede haber para Dios en el orbe feroz, en los corazones discordes de los hombres que con razones opuestas defienden sus derechos como sucedió antiguamente? Ni la clara sabiduría ni Dios residen entre los sentimientos agitados en el pecho del hombre ni en las almas disociadas, que han roto su armonía; pero si la parte más noble del alma se enseñorea en ella, venciendo la ira pugnaz, y somete las fibras rebeldes y domina juntamente toda la pasión, se hace estable la condición de la vida y la verdad armónica saca del corazón a Dios y se somete a un solo señor. Ya estás aquí, Señor omnipotente; mira con benignidad a los concordes pueblos. Ya te recibe el mundo ¡oh Cristo!, unido por la paz y el derecho de Roma; éstos quieres que sean los ejes de las cosas, ni Roma te satisface sin la paz; y la excelencia de Roma hace que la paz te sea más grata, porque sojuzga bajo su poder los varios tumultos y los deshace con su terror, pues ni despojada de su antiguo valor envejeció en su euergía ni sintió los siglos, ni toma con brazos temblorosos las armas cuando llaman a guerra, ni suplica con boca vergonzosa a príncipes tan detestables como quiere ese nobilísimo senador (Simaco), potente en el arte de adular y maestro en fingir astucias, y grave en aducir un peso fingido a la máscara, como el cantor trágico, que cubre su rostro con la corteza del árbol, por cuya concavidad manifiesta alguna gravísima acusación»⁴¹.

Cristo ha llegado y ya todo el orbe es uno. Las actitudes y tendencias particulares han sido doblemente superadas, la ciudad terrena y la celeste parecen unidas en un mismo centro: Roma. Prudencio tuvo la virtud de dar al tema romano su máxima grandeza, porque sin renegar

⁴¹ *Ibid.*, II, 585-647.

de su pasado, lo incorporó de manera definitiva a su nuevo destino. ¿Qué otra ciudad en el mundo cumplió un destino tan singular? ¿Qué nombre tuvo jamás una significación tan universal? Roma es así en la obra de Prudencio permanencia del pasado y garantía del presente. El eximio español sintió antes de nosotros que, sin renunciar a lo que somos, en cuanto nos elevamos a una concepción más universal y trascendente, todos somos en cierto modo romanos. Así nos dice que la tierra es una por Cristo y por Roma. « Por fin, el romano, el escita, el sarmata, el vándalo, el huno, el gétulo, el garamante, el alemán, el sajón, el galaula, todos caminan sobre la misma tierra, a todos los cubre el mismo cielo, uno es para todos el océano que abarca nuestro orbe.

Digo más : los mismos animales beben en nuestras fuentes. Con el mismo rocío se cubren mis mieses que la grama de los onagros ; los puercos cerdos nadan en nuestros ríos ; nuestra misma aura entra en los perros cuando respiran y anima con su aliento los cuerpos de los animales salvajes ; pero tanto distan las cosas romanas de las bárbaras cuanto los cuadrúpedos de los bimanos, o los animales mudos del que habla, cuanto se diferencia también el que sigue obediente los preceptos del Señor y el que está supeditado a los cultos impíos y a sus errores detestables » ⁴⁵. Hay en este texto una idea interesante : hombres, animales y plantas, participan; cada uno en su género, de las mismas características fundamentales. ¿Cuál es entonces la excelencia de la romanidad? ¿Dónde la diferencia entre lo romano y lo bárbaro, entre lo cristiano y lo pagano? Si con las mismas oportunidades los hombres siguen caminos distintos se debe a una desviación de la recta conciencia. El error está en preferir la ruta multiforme, llena de recovecos y acechanzas, en lugar de la más simple, clara y unitaria. Esta última es garantía de salud, la otra de perdición. No hay componenda posible entre ambas actitudes, por sobre la unidad biológica existe la excelencia de la unidad moral. Ésta es la única unificación posible, la única universalidad, la que se apoya en Cristo. « Retiraos, gentiles. No hay compañía alguna posible en los caminos entre vosotros y el pueblo de Dios. Marchad lejos y entrad en vuestro caos, a donde os llama y dirige el demonio por los riesgos enmarañados de la noche infernal » ⁴⁶. La vía clara y luminosa sólo espera a los que sirven al señor de la vida. Rechaza por infantiles los argumentos de Símaco en torno al rendimiento de la naturaleza y se

⁴⁵ *Ibid.*, II, 807-818.

⁴⁶ *Ibid.*, II, 903.

pregunta si es la primera vez que en la tierra se dan inconvenientes. Si los dioses pretenden vengarse ¿por qué no asuelan únicamente las tierras de los cristianos? ⁴⁷. Exhorta a Roma para que imite el ejemplo de sus príncipes y « al jefe que sigue en las batallas, sígale también en la piedad » ⁴⁸. Estos últimos versos se enlazan con la hermosa invocación que figura en el Himno en honor de San Lorenzo. Alcanza aquí la inspiración del español sus más altos acentos, bueno es destacarlo, porque su profundo sentido de la historia se perfecciona con la bella forma que es propia de su condición de poeta. Difícilmente la exaltación de la unidad de Iglesia e Imperio alcanzará un tono más elevado. ¡Oh Cristo Señor, Dios único verdadero! ¡Oh esplendor, ¡oh poder del Padre. Creador del mundo y del cielo, autor de estas murallas; que colocaste el poderío de Roma sobre todos los demás cetrós, decretando que el mundo sirviera a las togas de Quirino y ante sus armas se rindiera: para que las diversas costumbres de las gentes, su disciplina, sus lenguas, sus ingenios y sus religiones se sometieran a unas mismas leyes, todo lo mortal lo ha puesto el Señor bajo el reino de Roma. Los más diversos ritos hablan y sienten lo mismo. Esto fué decretado para que la ley de Cristo uniera más fácilmente con un sólo vínculo todas las partes de la tierra. Da, Señor, a tus romanos que la ciudad sea cristiana, por lo que tú hiciste que hubiera unidad de creencias. Júntense todos los miembros en unidad de fe, ríndase a ella todo el mundo sometido, ríndase la ciudad dominadora. Advierta que las más alejadas regiones se juntan en una misma gracia. Hágase creyente Rómulo, acepte nuestra fe el mismo Numa » ⁴⁹. Constata la permanencia del paganismo y sigue: « Borra ¡oh Cristo! esta vergüenza, envía a tu arcángel Gabriel para que la errante ceguera de Juló conozca al verdadero Dios. Y ya tenemos las prendas indefectibles de esta fe, ya reinan aquí los dos príncipes de los apóstoles. El uno, apóstol de los gentiles; el otro, poseedor de la cátedra primera, abre las puertas de la eternidad que le fueron confiadas. Retírate, Júpiter adúltero, deshonorado con el estupro de tu hermana; deja a Roma libre y apártate ya de la plebe de Cristo. Pablo te echó de aquí, la sangre de Pedro te impele, recae sobre ti el hecho de Nerón que tú mismo habías preparado. Veo que en oportuno tiempo vendrá un príncipe, buen siervo de Dios, que no consentirá que Roma celebre esos cultos afrentosos. Que cerrará los templos con cerrojos, destruirá las

⁴⁷ *Ibid.*, II, 1002.

⁴⁸ *Ibid.*, II, 1131.

⁴⁹ *Peri Steph.*, II, 413-444.

puertas de marfil, condenará los nefastos umbrales y sellará los goznes de bronce »⁵⁰.

Es la misma idea que sintéticamente expone en otro lugar : « Alegraos todas las gentes : Judea, Roma, Grecia, Egipto, Tracia, Persia, Escitia ; uno es ya el rey de todos »⁵¹. No podemos ya dudar que para Prudencio la perennidad de Roma estará garantida por la aceptación y plena integración en el cristianismo. Cumplido su ciclo cultural, una nueva misión le solicita : dotar a la nueva cultura europea de su más sólido fundamento espiritual.

IV

Ya tuvimos ocasión de señalar que esta clarificación del destino de Roma no implicaba en Prudencio la negación de su pasado. Por el contrario, consideramos ya su argumento contra los dioses que se fundaba en sentimientos de patriótico orgullo. No es indiferente nuestro poeta, al pasado y al presente de su Roma. Late en él un sentimiento definido de romanidad. Equilibrando su espíritu entre pasado y futuro nos resulta su actitud la más adecuada, para servir de intérprete a esa transmisión de la gloria misionera de Roma. Pero, ¿canta sólo al futuro? Ésa sería visión y sentimiento unilateral y Prudencio está muy por encima de todo particularismo. ¿Qué de emocionadas palabras, pone en boca de Roma cantando la victoria que sobre los bárbaros obtiene en Polentia !⁵². Versos exaltados en los que se unen las bellas tradiciones con las nuevas realidades. « Te admirarás, ¡ oh posteridad !, en los siglos venideros de la multitud de cadáveres que cubrieron aquel día los campos de Polentia. Si deshecha por la mano de los Galos, pude levantar mi cabeza de entre la palidez de las cenizas y aun humeante recibí las banderas cuando volvía Camilo y pude enguirnaldar las tristes ruinas y rodear de laurel las torres que se derrumbaban, ¿ con qué amor no te recibiré a ti, invictísimo príncipe ; qué flores no esparciré, qué coronas

⁵⁰ *Ibid.*, II, 453-480.

⁵¹ *Cathemerinon*, XII, 201-204.

⁵² También Claudiano había cantado la victoria :

O Celebranda mihi cunctis Pollentia sacclis !
 O meritum nomen felicibus apta triumphis !
 Virtutis fatale solum ; memorabile histum
 Barbariae ! Nam saepe locis ac finibus illis.

no pondré por los atrios, qué damascos no extenderé en las regocijadas puertas, viéndome inmune de tan atroz guerra y libre por el esfuerzo de tu brazo, cuando ya había escuchado la algarabía de los géticos? Sube al carro triunfal y ven aquí, en la compañía de Cristo con los despojos ganados; venid, quitaré los grillos a estas multitudes cautivas. Muchedumbres de madres y de jóvenes, dejad las cadenas, gastadas ya por esa larga esclavitud »⁵³.

Pero no sólo le entusiasma el valor renovado de los romanos, sino también los frutos de su ingenio, las excelencias de su arte. Ataca el simulacro de los dioses en cuanto representan ficticios seres inexistentes, pero no a las estatuas en sí, a las que valora como obras de arte, resultados del ingenio, al margen de lo que representan. Obras bellas, que son ornamento de la patria y gala del genio romano. Así nos dice: « Entonces libre de toda sangre, resplandecerán los mármoles y habrá inocuas estatuas bronceínas que hoy son tenidas por ídolos »⁵⁴. Lucirán mejor los mármoles libres de su tradición de sacrificios y de muerte. « Lavad, ¡oh magnates!, los mármoles teñidos con tanto derramamiento de sangre; permítase la colocación de estatuas inocentes; estas obras admirables de los grandes artistas, deseo que se conviertan en ornamento de la patria y que el uso indebido no profane los monumentos del arte inclinado al vicio »⁵⁵. Así quedará asegurada la permanencia de Roma aun en sus valores no cristianos. La obra de Constantino, según la ve nuestro poeta, fortalece la estructura política del Imperio, inyectándole nueva vida.

Algunos de sus versos parecen preanunciar la permanencia del Imperio cristiano: « Enseña el Imperio sin fin para que la virtud de Rómulo no envejezca nunca, para que la gloria conseguida no conozca ancianidad »⁵⁶. En este atisbo vemos que tampoco él ha renunciado del todo a la ilusión, pero es muy poco en comparación con lo que ya nos ha dicho acerca del verdadero futuro de Roma. En torno a eso debe situarse la exacta interpretación de su pensamiento.

⁵³ *Contra Symmachum*, II, 717-733.

⁵⁴ *Peri Steph*, II, 481-484.

⁵⁵ *Contra Symmachum*, I, 502-506.

⁵⁶ *Ibid.*, I, 543-544.

LA VISIÓN DE ESPAÑA

Dijimos más arriba que Prudencio era hombre de dos mundos, bifronte, a la vez romano y europeo. En realidad, en cuanto cristiano es ya un hombre de Europa. La peculiaridad de Prudencio reside en la fuerza de su planteo y en la agudeza de su enfoque, ya que otros como él se encontraban en iguales condiciones. Hemos visto hasta ahora cuál fuera la actitud de Prudencio como hombre de Roma, veremos ahora al hombre de Europa. Prudencio había nacido en provincias, en España para más datos. ¿La patria romana oscureció a la patria chica? ¿O es posible señalar, en estas reflexiones sobre Prudencio, actitudes y sentimientos españoles? Creemos que sí. Mérito señalado de nuestro poeta es el de haber sido a la vez romano y español. Debemos buscar al español a través de una serie de pequeñas, pero emocionadas menciones: descripciones geográficas, exaltación de la virtud heroica de los españoles, matices peculiares en la presentación de los hechos. Corresponde señalar que, así como el «*Contra Symacchum*» es el canto a las glorias de Roma, el «*Peri Stephanon*» es la crónica de los méritos españoles. Hombres y ciudades desfilan ante nuestros ojos presentados por la pluma de este hijo de su tierra. Su orgullo español transparenta en esa galería de mártires ilustres al par que sirve para exaltar el mérito de las ciudades que se honraron con su presencia. Ya al hablar de Jonás, el profeta vacilante, menciona a la «*gente de Tarsis*»⁵⁷. Con qué emoción cuenta que «*contempla el Señor benigno a los españoles, puesto que la omnipotente Trinidad corona la acrópolis ibera con tres mártires*»⁵⁸. ¿No resplandece aquí el sentido profundo de la contribución española a la causa del cristianismo? En esa pugna contra el paganismo de los dioses multiformes se advierte el aporte español a la causa de Roma. En esto también España no estuvo remisa. ¿No era acaso el triunfo cristiano una garantía del futuro espiritual de Roma? Por esta razón los mártires españoles contribuyen a la realización de un ideal superior. Si, el destino de Roma habría de ser un destino espiritual, y Prudencio comprendía esto perfectamente, fuera que se colocara en el ángulo romano o español. Éste es el sentido del «*Peri Stephanon*»: la contribución española a la causa romana. Los mártires de Iberia fecundaron, como tantos otros, el cumplimiento de un destino, aunque en este caso

⁵⁷ *Cathemerinon*, VII, 101-105.

⁵⁸ *Peri Steph.*, VI, 4 a 6.

el recuerdo de Prudencio resulte emocionante. Ése « contempla el Señor benigno a los españoles », nos señala una predilección legítima y comprensible. El tema de los mártires sirve de motivo para un canto a España y entonces la patria chica alcanza en sus acentos resonancias sublimes ⁶¹.

Veamos el desfile de estas glorias que se inauguran con las de la nativa Calahorra. « El nombre de los dos mártires (Emeterio y Celedonio) está escrito en el cielo... La fecunda tierra ibera es gloriosa en todo el mundo por esta corona. El mismo lugar que recibió hospitalario y puro los santos cuerpos fué juzgado por Dios digno de guardar sus huesos » ⁶⁰.

En el mismo Himno I encontramos otras dos menciones de su tierra natal: « ¿Crees ya gentilidad de los Vascones, tan ruda antiguamente, que sangre tan preciosa derramó el cruel error? » ⁶¹, y más adelante nos habla de « los habitantes que baña el Ebro » ⁶².

Refiriéndose a Roma, que posee los despojos del mártir San Lorenzo, manifiesta Prudencio de este modo su pesar por la lejanía: « A nosotros nos separa el vascón Ebro, las dos cordilleras de los Alpes, la sierra de los Cotianos, los nevados Pirineos » ⁶³.

En el Himno III, en honor de santa Eulalia, nueva referencia a España: « la santa virgen honra a Mérida, ciudad que la vió nacer, con sus huesos y la distingue con su amor » ⁶⁴. Más adelante insiste con aclaraciones geográficas: « Su sepulcro está en Mérida, ciudad esclarecida de la Vetonía bañada por el famoso Guadiana, que, rápido, lame sus muros con aguas fértiles » ⁶⁵.

El Himno IV está dedicado a Zaragoza y sus mártires. « Dieciocho

⁶⁰ « El culto de los santos locales fué una de las formas de este renacimiento nacional; desempeñaron en esta crisis, el papel de las antiguas divinidades tópicas que eran el alma de la ciudad. Sus fiestas, que reunían a los habitantes de un mismo país, daban a todos un sentimiento más vivo de su confraternidad. Desde el momento en que amenaza un peligro, vemos a las ciudades agruparse alrededor de su santo; se cuenta con que preserven a sus compatriotas de los estragos y de la invasión, sobre todo no se duda de que intercedan por ellos en el día del juicio final, y les consigan entonces la benevolencia de Cristo ». GASTON BOISSIER, *op. cit.*, t. II, pág. 131.

⁶¹ *Peri Steph.*, I, 1 a 6.

⁶² *Ibid.*, I, 94-95.

⁶³ *Ibid.*, I, 117.

⁶⁴ *Ibid.*, II, 537-40.

⁶⁵ *Ibid.*, III, 3 a 5.

⁶⁶ *Ibid.*, III, 186-90.

mártires guarda nuestro pueblo en un solo sepulcro ; a la ciudad que ha cabido tamaña gloria le llamamos Zaragoza. Casa asistida por los grandes ángeles aguarda impávida el desquiciamiento del mundo frágil, porque lleva en su seno tantos dones que presentar a Cristo » ⁶⁶.

Imagina el espectáculo de las ciudades presentándose a Cristo con sus dones. Entre ellas no podían faltar las españolas, beneméritas por el holocausto de sus hijos. Se adelantarán : « Córdoba con Asiselo y Zoilo y tres mártires más. Tú, Tarragona, madre de santos, ofrecerás a Cristo una preciosa diadema con tres perlas que ensartó Fructuoso con delicadas preseas. La pequeña Gerona, rica en miembros santos, presentará la gloria de Félix ; nuestra Calahorra llevará a los dos que veneramos. Barcelona se levantará apoyada en su esclarecido Cucufate, y a Pablo la hermosa Narbona, y Arlés será celebrada por San Ginés. La ciudad capital de los pueblos Lusitanos, Mérida, llevando por los aires las cenizas de la virgencita adorada, las depositará en el ara misma. Alcalá de Henares se gozará en llevar en su regazo la sangre de Justo y Pastor, dos cuerpos, dos sepulcros, dos tesoros. Pocas ciudades presentarán un mártir solamente ; algunas, tres o dos ; quizás cinco, habiendo gozado antes de sus tesoros. Tú, Zaragoza, amante de Cristo, ceñida la cabeza con los pálidos olivos, insignia de la paz, presentarás dieciocho santos mártires. Tú sola preparaste la comitiva más numerosa de los mártires de Cristo : tú sola, riquísima por tu piedad, disfrutas de tanta gracia » ⁶⁷.

Véase el legítimo orgullo que transparentan estas expresiones : « apenas la populosa Cartago, la misma Roma, sentada en su trono como una reina, en estas dádivas quizás no puedan superarte » ⁶⁸.

Signe la enumeración : « Nuestro es Vicente, aunque muriera lejos de este suelo, en una ciudad desconocida, y triunfante, diera casualmente la gloria del triunfo a la gran Sagunto, junto al litoral » ⁶⁹. Muchos son los méritos de Zaragoza, allí también reposan los huesos de Engracia, que confundió, « Virgen valiente, el espíritu del mundo desenfrenado » ⁷⁰. Con prolijidad enumera Prudencio la larga serie de los mártires zaragozanos. Desfilan así : Optato y Luperco, Suceso, Marcial,

⁶⁶ *Ibid.*, IV, 1 a 8.

⁶⁷ *Ibid.*, IV, 9 a 60.

⁶⁸ *Ibid.*, IV, 61 a 64.

⁶⁹ *Ibid.*, IV, 97 a 100.

⁷⁰ *Ibid.*, IV, 109 a 112.

Urbano, Quintiliano, Julia, Publio, Frontón Félix, Ceciliano, Evencio, Primitivo, Apodemo, los cuatro Saturninos (Casiano, Januario, Matutino y Fausto), Cayo y Clemente ⁷¹.

II

Junto a esta exaltación de los méritos de las ciudades españolas a través del martirio de sus hijos, hay en Prudencio otra señalación de carácter doctrinario que se enlaza, como veremos, con España y su españolismo. Es la llamada procesión del Espíritu Santo. Doctrina enseñada por la Iglesia de Occidente, no alcanzó su explicitación en el Credo sino en el siglo XI. Esta cuestión motivó ásperas disputas con la Iglesia de Oriente, ya antes de su inserción en el Credo. El problema centróse en el agregado del Filioque, que rechazaron siempre los orientales. ¿Por qué vinculamos este importante episodio de la teología occidental a España y a Prudencio? En rigor su exposición de la procesión del Espíritu Santo no constituye novedad para nosotros, ni para la Iglesia occidental aun antes de su inclusión en el Credo, pero el vigor con que él la expone es un prelude de la actitud que tomará más tarde la Iglesia española. En efecto, es ésta quien por primera vez, en la segunda mitad del siglo VII inserta el Filioque en el Credo. Esta práctica se extiende a otras iglesias de Occidente en la segunda mitad del siglo VIII y la Iglesia romana lo hace en el siglo XI ⁷². Este agregado al símbolo llamado de Nicea-Constantinopla es resistido por la Iglesia oriental. Vemos entonces que en esta cuestión, la Iglesia española tomó la iniciativa dando la pauta de una actitud que cuatro siglos después sancionará la Iglesia romana. Esta doctrina magníficamente señalada por San Agustín (El Espíritu Santo procede sin duda del Padre y del Hijo como de un solo principio, pero procede primeramente, originariamente del Padre, en cuanto el Padre es el primero, el principio primordial de donde parte la expansión de la vida trinitaria y comunica al Hijo el poder que él posee por sí mismo de hacer surgir eternamente el Espíritu) ⁷³, alcanza en la obra poético-teológica de Prudencio extraordinario vigor. ¿Es romper lanzas de la Iglesia española no era la misma actitud decidida de uno de sus hijos más preclaros? Encontramos estas señalizaciones en la

⁷¹ *Ibid.*, IV, 145 a 184.

⁷² MARTIN JUGIE. *Le Schisme Byzantin*, Paris, 1941, pág. 14.

⁷³ *Ibid.*, pág. 14.

colección de Himnos recopilados bajo el nombre de « Cathemerinon ». Escribe allí lo siguiente : « De Él procede cuanto somos y yalernos ; rei na también aquel espíritu sempiterno que del Padre y del Hijo procede juntamente (A Christo Simul et Parente missus) » ⁷⁴. Quizás más cerca de la interpretación de Agustín se encuentra esta otra composición : « Padre eterno, por medio de tu Hijo Jesucristo, en el cual resplandece sensiblemente tu gloria, que es Señor nuestro : Hijo único tuyo, que espira el Espíritu del seno del Padre (Spirat de Patrio corde paraclitum) » ⁷⁵. Y también en otro lugar : « ; Oh esencia única de esta Trinidad, luz única, Dios eterno, Hijo de Dios, Dios que procede de las dos personas ! (Deus ex utroque missus) » ⁷⁶.

Podemos ver una relación clara entre la doctrina de Prudencio y la de Agustín. Al mismo tiempo coincide esto perfectamente con lo que hará luego en el siglo VII la Iglesia española, que se atreve a expresar en el Credo lo que doctrinariamente era patrimonio de la Iglesia de Occidente. Esto se vió en la impugnación que hizo Focio de lo enseñado por los misioneros latinos en Bulgaria, antes que el Filioque figurara en el Credo por adopción de la Iglesia romana.

III

Al margen de lo ya señalado en lo patriótico y en lo teológico, hay en la obra de Prudencio otro elemento de raíz psicológica que denota su españolismo.

Todo artista logra en sus creaciones la expresión de determinadas vivencias espirituales. La obra de arte manifiesta, en consecuencia, el propio espíritu del artista. Así como distintas son las maneras de sentir, distintas son las formas de expresión. Si de acuerdo con esto vamos a la poesía de Prudencio vemos que sus descripciones no son ya clásicas en el sentido de la medida y del límite. Su pintura literaria anticipa aspectos que encontraremos más tarde en la obra de un Valdés Leal y otros plásticos españoles. Ese gusto por los detalles espeluznantes, por los toques macabros, es típicamente español y en manera más amplia europeo, pero ya no romano. El costumbrismo y el pintoresquismo son rasgos europeos que alcanzan en España características determinadas. Si

⁷⁴ *Cathemerinon*, LV, 13 a 15.

⁷⁵ *Ibid.*, V, 157 a 160.

⁷⁶ *Ibid.*, VI, 5 a 8.

hay alguien para quien no rige, en ninguno de los aspectos de la vida, un metro-patrón, es precisamente para el español, que está siempre al margen de toda definición ⁷⁷. Esa mezcla de virtud y pecado, de ángel y demonio, de sosiego y de rebeldía es típicamente española. Por eso no debe extrañarnos que Prudencio parezca complacerse en los detalles de la carne llagada y doliente, en el espectáculo de las vísceras palpitantes o en la pintura de los cuajos y escupitajos sanguinolentos y de los hedores purulentos. A lo largo de todo su *Peristephanon*, otra vez nuestro documento, veremos todo eso, con un verismo a lo naturalista propio de escuelas muy posteriores. Este verismo preanuncia al europeo en la provincia española y Prudencio hijo de ella, a fuer de español aquí, más que romano, se autodefine por el camino de las letras.

Reseñaremos algunas de esas descripciones para documentar lo expresado. El futuro mártir San Lorenzo recorre la ciudad de Roma, según el acuerdo establecido con el prefecto, buscando los tesoros que en la ciudad se atribuyen a la Iglesia cristiana. Finalmente los reúne : « Allí estaba el ciego, mostrando vacías las cuencas de sus ojos y que dirigía con báculo previo el paso vacilante. Allí el cojo, con rodilla rota ; o el que quebrada la pierna no tenía más que un pie, y el que, teniendo una pierna más corta que la otra, andaba con paso desigual. Hay también quien de sus miembros ulcerosos va manando podre y quien, seca su diestra, la lleva encanijada sobre la palma » ⁷⁸.

Véase cómo describe luego el martirio del propio Lorenzo señalando las órdenes del prefecto para el caso : « Extended un suave rescoldo, lento, para que el hervor del fuego no se cebe en el rostro del contumaz ni penetre en los secretos del corazón. Prodúzcase un calorcillo enervante que, esparcido por el suave viento, regule poco a poco los tormentos del cuerpo medio tostado » ⁷⁹.

⁷⁷ « Prudencio es, pues, por algunos de sus defectos, un verdadero español : lo es también por sus cualidades, y no debe sorprender que España haya ejercido sobre él tanta influencia : la amaba con pasión ; le parecía una tierra bendita a la cual Dios atestigua un favor particular ». GASTON BOISSIEN, *op. cit.*, t. II, pág. 129. A propósito de sus descripciones anota en otro lugar (t. II, pág. 128) : « Séneca y Prudencio son ambos españoles y se sabe que España ha tenido siempre afición a los héroes de teatro ». En torno a lo mismo observa PIERRE DE LABRIOLLE, *Histoire de la littérature Latine Chrétienne*, t. II, pág. 708. « Prudence ne sait pas se borner ; il tend a la prolixité et a la déclamation par la pente naturelle de son temperament d'Espagnol, nourri de rhétorique romaine, mais qui a mal compris les modèles de haute raison que lui fournissaient les classiques avec lesquels il s'efforçait de rivaliser ».

⁷⁸ *Peri Steph.*, II, 145 a 156.

⁷⁹ *Ibid.*, II, 341 a 348.

En el martirio de Santa Eulalia : « sendos verdugos le arrancan sus pechos gemelos y el garfio horrible abre de una y otra parte sus costados y llega hasta los huesos »⁸⁰. Continúa luego : « La llama vuela chirriando hacia la cara y se nutre con la abundante cabellera, se enciende lo más alto de su cabeza, y la Virgen, deseosa de morir, sorbe el fuego con la boca »⁸¹. Viene luego una nueva apelación al orgullo patrio, las siempre recordadas regiones de España : « Su sepulcro está en Mérida, ciudad esclarecida de la Vetonía bañada por el famoso Guadiana, que, rápido, lame sus muros con aguas fértiles »⁸².

Luego de presentar a sus pobres, Lorenzo, opone su condición a la de los paganos : « A los vuestros, en cambio, vigorosos en el cuerpo, los corrompe una lepra íntima, y el error cojea inválido, y la fraude engañosa no ve ». « A éste, que anda hinchado con su seda, que va tan engreído en su carro, una hidropesía íntima lo hincha con claro veneno. Y éste, avato, contrae sus manos ; encogidas en la palma y dobladas con las uñas corvas, no puede extender los tendones. Una palidez corrosiva mancha con el lodo y cloacas a éste, a quien gobiernan las cortesanas mientras va en busca de sus torpes gustos ». « El que no puede callar lo que no debe decir, se ve atormentado, y se corroe el hígado y sufre la sarna del corazón. ¿Cómo podré contar los hinchados postemas de los corazones envidiosos? ¿Cómo ponderaré las úlceras purulentas y gangrenosas de las maldades? ».

Los poderosos de ese momento se verían en otra condición muy distinta ante el trono del Altísimo. No ya lujos y joyas, sólo miseria y abyección : « los verías cubiertos de andrajos, llenas de mocos las narices, pringoso de babas el mentón y legañosas y pegadas sus pestañas »⁸³. La impresión de rechazo de estos versos es difícilmente superable y nada clásica. La yuxtaposición de esos efectos desagradables en los que Prudencio parece encontrar cierta complacencia, nos pone en el camino de un arte nuevo.

Véase también el trozo siguiente : « el verdugo fiero desgarró todo el costado, corrió la sangre en abundancia ; los miembros fueron lacrados, y, cortados los pechos, quedaron patentes los pulmones junto al corazón »⁸⁴. Hay en todo esto una insistencia elocuente en los detalles

⁸⁰ *Ibid.*, III, 131 a 134.

⁸¹ *Ibid.*, III, 156 a 160.

⁸² *Ibid.*, III, 186 a 190.

⁸³ *Ibid.*, II, 299 y sig.

⁸⁴ *Ibid.*, IV, 121 a 124.

macabros como se observa también en la descripción del martirio de Vicente. « Tendedle en el ecúleo, atados atrás los brazos, hasta que, rotas las junturas de los huesos, castañeen sueltos unos de otros. Después con azotes profundos dejad patentes los huesos de sus costillas hasta que por las hendiduras de los desgarros se vea al descubierto palpitar el corazón »⁸⁶. Siguen los detalles: « Abajo, la sal esparcida, con gran chisporroteo y saltando hirviendo en gotitas, se va clavando lentamente en el cuerpo. Las ampollas producidas las cauteriza luego el fuego. Y una gran capa de rocío brumoso cubre insensiblemente todos los miembros »⁸⁶.

Quizás la culminación de todo esto se encuentre en la descripción del martirio de San Román, si es posible alguna culminación en este desfile de horrores. « Sacando luego la lengua desde lo último de la boca le introduce el escalpelo hasta el fondo de la garganta. Mientras el médico iba cortando poco a poco cada una de las adherencias, no mordió el mártir el bisturi, ni apretó la boca con los dientes, ni tragó sangre. Se mantuvo quieto con la boca abierta, mientras la sangre iba saliendo fuera a borbotones, quedando hermoso teñida la barba en su propia sangre, y contempla la hermosura de su pecho ensangrentado y se goza de la púrpura de su vestido, propio ya de reyes »⁸⁷.

Y así se suceden las descripciones en las que Prudencio parece complacerse en el dolor de la carne martirizada. Así el poeta se nos muestra también en esto hijo de España. El influjo de sus temas en la trayectoria de la plástica española y europea ya ha sido señalado. Su presencia en la pintura de Ribera y Valdés Leal es generalmente admitida⁸⁸.

⁸⁶ *Ibid.*, V, 109 a 116.

⁸⁷ *Ibid.*, V, 225 a 232.

⁸⁸ *Ibid.*, X, 901 a 910.

⁸⁹ FRAY ISIDORO RODRIGUEZ, *Introducción General*, pág. 63. A propósito del arte de Prudencio observa AMATUCCI, *op. cit.*, pág. 240: « Come con Girolamo per la prosa, così con lui per la poesia la letteratura cristiana tocca la sua *áxax*; tanto per il contenuto come per la forma. Con essi, solamente, la letteratura romana esce dalla sua lunga crisi riinnovellata dal soffio potente della nuova primavera spirituale. Impallidiscono e si spengono alla luce nuova le rare e tremule fiammelle, detriti di che l'astro risorgente luminoso si è disfatto, abbandonandoli nell'infinito dell'arte; quanto vi è di veramente eterno nel pensiero di Roma, nell'arte romana di Cicerone e de Virgilio non risplende ora più nella parola de Simmaco e nel verso de Claudiano, ma nelle pagine di Girolamo e nel canto di Prudenzio. Questa è la nuova letteratura romana, nuova naturalmente anche nella forma, che sarebbe un grave errore giudicare riportandola senz' altro, come spesso si è fatto e si fa, a quella dell'età aurea; ma che si deve considerare in se stessa, nella sua capacità a esprimere artisticamente il pensiero nuovo: cioè nella sua romana efficacia e bellezza ».

Tenemos en Prudencio al hombre que es a la vez romano y español. Romano por la clara comprensión del destino ecuménico de la ciudad real, en César y en Cristo. Español por el amor a la tierra de su nacimiento y por la orientación de su arte. La vasta bibliografía dedicada a la obra del poeta español ⁸⁹, es testimonio de la trascendencia de su inspiración y su arte. Es Prudencio el más grande de los poetas cristianos de esa época de tránsito entre dos culturas, la greco-romana y la europeo-occidental. No sólo por la frescura de su inspiración, sino también por su luminoso aporte a la causa de la permanencia de Roma en la fusión de dos de los principales factores integrantes de la nueva entidad cultural que se gestaba.

Prudencio, español en Roma, y romano en España es, nos reafirmamos en nuestro punto de vista, hombre bifronte, cara al pasado y al presente en el atisbo certero del futuro.

ÁNGEL A. CASTELLÁN.

⁸⁹ *Ibid.*, pág. 69 a 83.